



Legislación y paisaje. Un debate abierto en México.

Armando Alonso Navarrete | Martín Manuel Checa-Artasu
Coordinadores



Castellanos Arenas, Mariano (2019).

ORCID: [0000-0002-1790-4888](https://orcid.org/0000-0002-1790-4888)

La patrimonialización social, la cultura cívica y la protección del paisaje en México.

p. 105-128

En:

Legislación y paisaje. Un debate abierto en México / Armando Alonso Navarrete y Martín Manuel Checa-Artasu, coordinadores. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, 2019.

Fuente: ISBN 978-607-28-1745-6 (versión electrónica)

Relación: <http://hdl.handle.net/11191/6875>

Universidad
Autónoma
Metropolitana
Casa abierta al tiempo **Azcapotzalco**



medioambiente

<https://www.azc.uam.mx/>

<https://www.cyad.online/uam/>

<http://www.medioambiente.azc.uam.mx/jefatura.html>

**Área de Investigación
Arquitectura del Paisaje**

Repositorio Institucional

Zaloamati

"Preservar con amor y cariño el saber"

<http://zaloamati.azc.uam.mx>



Excepto si se señala otra cosa, la licencia del ítem se describe como

Atribución-NoComercial-SinDerivadas

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

D.R. © 2019. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, División de Ciencias y Artes para el Diseño, Departamento del Medio Ambiente, Área de Investigación Arquitectura de Paisaje. Se autoriza copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato, siempre y cuando se den los créditos de manera adecuada, no puede hacer uso del material con propósitos comerciales, si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado. Para cualquier otro uso, se requiere autorización expresa del titular de los derechos patrimoniales.

La patrimonialización social, la cultura cívica y la protección del paisaje en México.

Mariano Castellanos Arenas

Departamento de Investigaciones Históricas del Movimiento Obrero.
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
Red Mexicana de Estudios sobre Paisajes Patrimoniales.
castellanos.arenas@gmail.com

Resumen.

Este capítulo es una reflexión crítica sobre la importancia de construir una cultura cívica a través de la formación en la valoración del paisaje, cuyo objetivo es patrimonializar a la sociedad. Se trata de un proceso que permitiría a la comunidad participar activamente en la toma de decisiones sobre la protección legal del paisaje como bien público. Es decir, el planteamiento central es que una sociedad informada permitiría su inclusión en el debate sobre la salvaguarda de su territorio. Asimismo, se presentan los instrumentos teórico metodológicos de formación patrimoniológica, entendida ésta como un proceso de alfabetización a partir de dos estrategias: la lectura y la interpretación del discurso territorial. La primera es la actividad encargada de descifrar los signos (materiales e inmateriales) del paisaje, la idea es “leer” la estructura de los bienes que lo configuran. La segunda es la comprensión de estos signos que, una vez “interpretados”, generarían su aprehensión por parte de la sociedad, que la convierte en un agente activo en la valoración y preservación de los paisajes patrimoniales.

Palabras clave: Paisaje, patrimonio, educación, ciudadanía, protección legal.

Abstract.

Social *patrimonialization* is a process of formation in the identification of the values of the cultural landscape. It is a process of building heritage literacy through the reading and interpretation of territorial discourse. On the one hand, the reading is proposed as the activity in charge of deciphering goods (tangible and intangible), that is, reading the signs that make up the cultural landscape. On the other hand, interpretation is the translation of those signs that make possible its comprehension, whose objective is to transmit them to the community through different strategies, to achieve their assimilation as a common heritage and to generate citizen values. In this sense, what this paper proposes is that an informed society allows its inclusion in the critical debate on the legal protection of the landscape. At the same time, it is a reflection on the social *patrimonialization* of landscape that presents theoretical-methodological approaches for training processes for its assimilation as a common cultural good.

Key words: Landscape, heritage, education, citizenship, legal protection.

Introducción.

La protección legal de los paisajes en nuestro país es un tema que cada día cobra mayor interés en diferentes esferas de la sociedad, principalmente en la academia y en las organizaciones civiles. En el ámbito legislativo es una cuestión que aún está pendiente, ya que resulta ser un debate complejo por la existencia de diferentes percepciones, y sobre todo intereses, sobre el territorio, el paisaje y el patrimonio. En este sentido es importante considerar que la formación de la comunidad hacia los valores del patrimonio cultural común, puede ser una eficaz herramienta para la creación de proyectos de formación encaminados al conocimiento sobre el paisaje. Asimismo, se considera que con una comunidad preparada se reforzaría el debate sobre la necesidad de impulsar la creación de una ley sobre el paisaje patrimonial para México.

La formación en la valoración del paisaje como patrimonio la hemos denominado *patrimonialización social* desde la cual se puede generar, por una parte, una cultura cívica y, por otra parte, una protección jurídica. La idea es establecer mecanismos que tengan como propósito hacer comprender las formas narrativas del discurso patrimonial del territorio. Es decir, se trata de una especie de *alfabetización*, cuyo objetivo es proveer de herramientas a la sociedad para la construcción de un conocimiento dirigido a la gestión y la protección de su patrimonio. Así pues, con estrategias educativas como la *lectura* y la *interpretación* del paisaje patrimonial, la ciudadanía podrá participar en la discusión y la toma de decisiones acerca de lo que es propio.

La ecuación: *patrimonialización social* más cultura cívica igual a protección legal sería, en principio la clave, pero es fundamental entender que el paisaje patrimonial hay que mirarlo como un bien cultural común, conformado por una serie de elementos generados por la relación cultura-naturaleza dentro de un proceso histórico de alto impacto. Sea urbano, rural, industrial, arqueológico, religioso o artístico el paisaje patrimonial o el *paisaje cultural*, como se ha definido desde la UNESCO (Cultural Landscape 1992, www.whc.unesco.org), constituye una unidad productora de identidades individuales y colectivas capaces de generar sentimientos, emociones, significados y valores.

El paisaje patrimonial entonces, puede ser el vehículo para llegar a una reflexión crítica sobre los valores cívicos, cuyo objetivo es la construcción de una ciudadanía informada, equitativa, que coadyuvará en la construcción de territorios más habitables, junto con un desarrollo social equilibrado. De esta manera, este capítulo pretende ser una especie de guía que nos permita tomar algunas consideraciones al momento de realizar propuestas de formación, participación ciudadana y de creación de normativas de protección del paisaje patrimonial.

Es necesario tomar en cuenta que la participación de la ciudadanía, concebida desde el estado no considera los derechos colectivos como el resultado de los movimientos sociales, ya que no han establecido los mecanismos suficientes para su pleno reconocimiento. Es este sentido, se busca abarcar, desde el ámbito del patrimonio y el paisaje, prácticas que estén fuera de foco en los nuevos modelos normativos. Es decir, ante la falta de iniciativas por parte del estado en el campo de la formación de una cultura cívica hacia el patrimonio, se plantea abrir nuevos espacios para

la formación de los individuos hacia los valores ciudadanos como el respeto, la solidaridad, la inclusión, la equidad, la democracia o la paz, a través de la lectura y la interpretación del paisaje. La obligación del estado es entonces, reconocer los derechos al paisaje como un patrimonio común.

Por lo anterior, es sumamente importante entender que de lo que se trata es de construir ciudadanos para la toma de decisiones razonadas sobre su patrimonio. Para lograrlo, creemos que la estrategia es la *lectura* y la *interpretación* del paisaje patrimonial. La *lectura* es la clave para comprender la multiplicidad de interrelaciones que se producen y habrá de ayudarnos en la construcción de discursos hacia la apropiación del territorio por parte de la sociedad. Sería absurdo leer o proponer la lectura del paisaje, si no hay un propósito, por eso la lectura del paisaje debe tener como meta la generación de interpretaciones sobre los valores antes mencionados y debe estar dirigida hacia la protección y preservación de los bienes materiales e inmateriales que constituyen el paisaje.

En cuanto a la *interpretación* debemos considerarla como el desglose de esa estructura que constituye al paisaje patrimonial, como una herramienta crítica con el poder de transmitir aquellos valores que están ahí, pero que hay que develar. Sin embargo, es necesario definir con claridad los objetivos básicos de la intervención para interpretación del paisaje, que se consideran como la meta principal, que es la integración de la sociedad a su dinámica. Es decir, el gran objetivo es lograr restituir un discurso de “destrucción de paisajes” por uno de apropiación a través lenguajes ideológicos, identitarios, históricos y culturales. Al final es la *interpretación*, después de la *lectura*, una estrategia que puede ayudar a lograr la asimilación, socialización, sensibilización o concientización del paisaje y el patrimonio por parte de la comunidad.

Entonces, el planteamiento central de este trabajo es poner sobre la mesa de discusión el papel que desempeña la ciudadanía como poseedora de los derechos del paisaje como un patrimonio común. Es decir, la sociedad *patrimonializada* como la protagonista en los debates sobre los procesos de protección legal del territorio, que se presume, estaría formada para el reconocimiento y resignificación de los valores culturales y ciudadanos del territorio. Asimismo, se propone aquí que la formación o *alfabetización* de la comunidad es una vía que nos posibilita identificarnos en el entorno al tiempo que se plantean las estrategias para *patrimonializar* a la sociedad a través del paisaje y sus valores.

En nuestro país el patrimonio cultural es un bien público y por tanto tenemos derecho sobre él, aunque no existe aún legislación al respecto del paisaje. Por esta razón, tanto en las políticas públicas como fuera de ellas, es fundamental establecer pautas de aprendizaje sobre la historia, la cultura y el territorio. Asimismo, es crucial conocer las perspectivas teóricas sobre el tema y sobre lo que acontece en la sociedad contemporánea. Además de que es necesaria la reflexión sobre el paisaje como un dispositivo que activa nuevos procesos sociales. Se trata pues, de la “reanimación” de los sentidos comunes, los goces heredados, las maneras en que interactuamos con los demás, las formas de posicionamiento ante el mundo y de entender la realidad social.

Ahora bien, esto nos haría pensar en la desigualdad, no sólo como el resultado de la distribución dispareja de los medios de producción, sino que en nuestra vida cotidiana las diferencias se transforman en jerarquías y el acceso asimétrico de todo tipo de recursos (Reygadas, 2007: 347). No obstante, el trabajo en la formación sobre la valoración del paisaje patrimonial debe tener como objetivo la protección legal, la conservación y la generación de una cultura cívica, como parte de la *patrimonialización social*. Labor que nos llevaría a la implantación de una nueva cultura sobre la valoración del territorio desde una mirada histórica y cultural contemporánea.

Finalmente, se debe aclarar que ésta es una labor enfocada hacia la construcción de un nuevo sentido que pueda transformar las normas que nos constituyen como sujetos, con la capacidad de deslegitimar aquello que se presenta como natural cuando sabemos que es histórico. Para revelar otras posibilidades de individuación y de vida comunitaria a la vez, con políticas sobre el paisaje que deberán ser entendidas como una opción para hacer más visible la centralidad que tiene los significados en la estructuración del mundo social y para intentar salir de las ideologías que los sostienen (Vic, 2014: 18). Se trata pues, de establecer políticas que partan del cuestionamiento sobre aquella ideología que entiende los procesos sociales como la acumulación económica o como el fortalecimiento exclusivo del individuo liberal. Nuestro objetivo es contrario, la idea es que la gestión crítica del paisaje patrimonial tiene como fin la construcción de ciudadanos.

Cultura ciudadana y patrimonio cultural.

Hoy se vive un momento de crisis económica, política y social, con una consecuente crisis identitaria, donde la idea sobre el ciudadano se está transformado en la de consumidor, que tiene como su Dios al mercado. En este esquema la sociedad se encuentra “anestesiada” y parece incapaz de hacer comunidad, que ignora que tiene derechos, aparentemente con poca iniciativa para organizarse y defender lo básico: la educación, la alimentación, la salud o la paz. Ya no se diga, cuando se trata de proteger nuestro patrimonio o nuestros recursos naturales, porque la *hiperindividualidad* cada vez más está generando sujetos desmemoriados, al tiempo que el sistema neoliberal poco a poco los va devorando (Lipovetski, 2005).

Ante este panorama, considero que la formación de los valores cívicos a través del patrimonio y viceversa, puede coadyuvar a la consideración de los que legislan de impulsar una ley del paisaje para México y con esto aumentar la calidad de vida de la comunidad. Sin embargo, creo que no será suficiente, es necesario generar saberes para que sea la sociedad, es decir todos, quienes defendamos el territorio como nuestro: los espacios públicos, los campos, los montes, los bosques, los ríos, las playas, es decir nuestros paisajes y sus recursos culturales y naturales. La razón es que somos nosotros los depositarios y los titulares de la conservación de los valores (no mercantiles) del territorio y por ello somos nosotros los que debemos rescatar, reforzar o reconstruir la identidad, la dignidad, la ética y el disfrute del conocimiento y nuestro entorno.

Hoy, en el contexto contemporáneo que nos toca vivir, se están debilitando las fuerzas y espacios que la sociedad ganó durante el siglo XX, donde la historia, la cultura, la memoria colectiva, ha

quedado en manos de minorías que las ha monopolizado y con ello han privado a la mayoría de la población la posibilidad de tener una mirada crítica del presente. Podemos decir, que vivimos un momento de pérdida paulatina de los valores cívicos y por tanto hay una ausencia de mecanismos adecuados de formación y fomento a la conservación de los bienes culturales del territorio, tanto en nuestro país como en gran parte del globo.

En este sentido, la protección y defensa de nuestros recursos territoriales y el fomento a los valores cívicos, es una obligación de nuestros gobiernos, pero creo que más aún de los ciudadanos. Como integrante de este grupo, además como académico, considero que tenemos una enorme responsabilidad ya que nos debemos a la sociedad, porque formamos parte de instituciones públicas. También es nuestra obligación crear estrategias para generar esta conciencia hacia los valores ciudadanos, ante el ya desmesurado despojo de nuestros recursos culturales y naturales. Es necesario crear un compromiso y encontrar respuestas a las interrogantes del presente, contribuyendo a un mejor conocimiento de nuestro pasado y facilitando los claves que puedan enseñarnos a comprender el futuro, promoviendo, en todo momento, actitudes de corresponsabilidad. Hay una urgencia por la salvaguarda de nuestro paisaje como recurso cultural vulnerable y una necesidad de respuestas inmediatas, por ello el diseño de nuestro trabajo debe contemplar acciones formativas rápidas y directas que tengan como objetivo prioritario promover cambios en la actitud de la población, encaminadas a evitar pérdidas irreversibles de nuestros recursos. Es en este sentido que debemos fomentar el conocimiento como elemento clave para implicar a la ciudadanía en la defensa y protección del paisaje patrimonial.

El concepto de ciudadanía, como se sabe, es complejo y dinámico, está fundado en una serie de derechos establecidos históricamente, pactados socialmente y pautados legalmente. El conjunto de estos derechos es un producto histórico que se ha constituido de manera diferente en cada país, y que está sujeto a un constante debate y transformación. Esta idea de ciudadanía recuperó centralidad en el debate público internacional en los años noventa del siglo XX, como una respuesta a los grandes cambios que experimentaba el orden político mundial. La caída del socialismo, el neoliberalismo como una de las nuevas formas de la globalización, con su consiguiente reducción de los derechos sociales, más el aumento de la desigualdad, las nuevas migraciones masivas, entre otros aspectos, permitieron el surgimiento de una nueva idea de ciudadanía (Olvera, 2008: 9).

Thomas Janoski nos dice que ser ciudadano es como tener una membresía dentro de un estado-nación, con derechos y obligaciones dentro de un nivel de igualdad. Desde una dimensión jurídica y normativa esta membresía hace referencia a la nacionalidad y a una adscripción formal al territorio, delimitado por el Estado (Janoski, 1998: 9). Por otro lado, T. H. Marshall y Tom Bottomore plantean que ser un ciudadano es tener un estatus de derechos, que han sido concedidos como miembro de una comunidad, los cuales históricamente han evolucionado en *civiles, políticos y sociales* (Marshall y Bottemore, 1992: 18). Para estos autores, el desarrollo de los derechos ciudadanos ha estado marcado por la contradicción entre la tendencia natural del capitalismo por crear toda clase de desigualdades y la tendencia igualitaria de los derechos ciudadanos como parte de la democracia.

En México, por ejemplo, las condiciones actuales para tener estatus jurídico de ciudadano están inscritas en el Capítulo IV, de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, titulado *De los derechos ciudadanos mexicanos*, donde se establece que un ciudadano es quién teniendo la “calidad de mexicano”, con 18 años o más, y lleva un modo de vivir honesto (Art. 34). Sus prerrogativas son votar y ser votado, asociarse libremente para la participación política pacífica y tomar las armas en defensa de la República (Art. 35). Sus obligaciones son su inscripción al registro nacional de ciudadanos, así como en el catastro municipal y declarar las propiedades que posea (Art. 36) (Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos; www.diputados.gob.mx). No obstante, el ejercicio de la ciudadanía, aunque emana de la ley está condicionado por una serie de criterios que van más allá del mero estatus legal y se han ido formando entre el conflicto y la negociación a través de la historia (Acevedo y López, 2014: 21).

Debemos aclarar que no es nuestro interés explicar cómo es que surge el concepto de ciudadanía, pero sí para poder construir una idea al respecto y lograr proteger, conservar y disfrutar nuestro paisaje. Ahora, sí tenemos una normativa jurídica la lucha y/o la resistencia será menos difícil. Ante esta noción de ciudadanía, es necesario abordar los complejos temas emanados de los cambios globales desde dos perspectivas simultáneas: la construcción de identidades colectivas asociadas al sentido de pertenencia, a una región o a una comunidad, y el sentido de la justicia como otorgamiento y usufructo de los derechos (Olvera, 2008: 10). En América Latina, por otro lado, la oleada democratizadora que Huntington denominó “tercera ola de la democracia”, puede ser leída también como la reconstitución de la ciudadanía (García, 2003: 16).

Cabe destacar, que desde mediados de los años ochenta la construcción ciudadana ha sido un elemento central y ha sido parte del proceso de democratización. El hecho de que el socialismo haya “caído” en el horizonte simbólico y político de Occidente, significó para las izquierdas una obligación de reconsiderar el discurso de la ciudadanía como parte de una alternativa radical a la democracia y al discurso neoliberal, que desde entonces reclaman ser las únicas opciones políticas para el mundo. De alguna forma, emergió la necesidad de reconsiderar que los derechos de los ciudadanos son un elemento central que permite pensar de una manera nueva tanto la democracia como la justicia social (Mouffe, 1992: 56).

Aparecen así, nuevas perspectivas que ponen de relieve una cuarta generación de derechos, que algunos denominan ‘bienes públicos’ y otros ‘derechos republicanos’, que han emergido durante el último cuarto del siglo XX. Asimismo, surgen los derechos que tienen los ciudadanos al patrimonio natural, a la diversidad cultural, al patrimonio histórico y a un medio social exento de violencia; además surge una permanente defensa por los derechos sociales y económicos y han avanzado ante el retroceso en el “estado de bienestar” (Savorido, 2014: 51).

Es necesario decir que ningún tipo de derechos está garantizado sin la concurrencia de los otros. La aparición de nuevos derechos, vienen asociados a la emergencia de nuevos movimientos sociales, que destacan nuevas subjetividades en la conquista de una ciudadanía y que explora otras dimensiones de la misma. Algunos ejemplos prácticos que muestran la evidencia empírica de nuevas ciudadanía son: los movimientos antiglobalización, de pueblos indígenas, de

campesinos, de “tribus urbanas”, de ecologistas, de liberación, inclusión, equidad, entre otros muchos miembros de una comunidad en condiciones de desigualdad (Alguacil, 2002: www.habitat.aq.upm.es).

En años recientes se ha abierto una nueva perspectiva desde la cual abordar el tema de la diferencia ciudadana. Contra el principio inmanente de igualdad contenido en la idea misma de ciudadanía, desde la cual se ha postulado la necesidad de reconocer la diversidad social real y sacar las conclusiones de ello en términos de derechos. Ahora, se habla así de una ciudadanía diferenciada, para conseguir una igualdad real y no solo formal entre todos los miembros de una sociedad (Olvera, 2008: 54). Para ello no basta el trato igual que se propone desde una concepción universal, porque es necesario dar respuestas distintas a necesidades diferentes.

Marion Iris Young cuestiona tanto el modelo liberal como el modelo comunitarista y plantea la necesidad de desarrollar un nuevo modelo basado en la categoría de *ciudadanía diferenciada democrático-participativa*. Esta visión de la ciudadanía como proceso de construcción es opuesta a la neoliberal, que la limita a un ejercicio pasivo de derechos, cuyo alcance depende del Estado (Young, 2000). En este sentido, las teorías de la democracia participativa la sociedad civil y del patrimonio cultural como bien común han avanzado un trecho importante en términos de una ciudadanía activa, que no solo espera que el Estado por fin respete e implemente los derechos universales de ciudadanía, sino que lucha por ellos, coopera con el Estado, se enfrenta políticamente con él, hace valer sus argumentos en el espacio público y busca construir alianzas con la sociedad política en la promoción de un proyecto.

La patrimonialización social del paisaje.

La *patrimonialización* social del paisaje es resultado de un proceso, que tiene la capacidad para generar una identidad común, cuyo principio es la sociedad como la depositaria y/o la titular de sus valores históricos, culturales e identitarios. Aquí, la noción de valor patrimonial es lo central, ya que al hablar del paisaje como bien cultural, es referirnos a la relación humano-naturaleza en el territorio como un proceso de construcción de su carácter, su pasado y su singularidad. Es decir, sus valores geográficos vienen implícitos en los valores culturales (Castellanos, 2014: 29-49).

Desde una perspectiva geográfica, el paisaje patrimonial se entiende *como la apariencia de una porción de la superficie terrestre, que se presenta a los sentidos, en particular a la vista, y reconoce las huellas materiales de los procesos sociales y de sus dimensiones históricas, políticas, culturales, económicas, demográficas y ambientales* (Frolova, 2015: 72). Sin embargo, el papel que juegan las emociones hoy en día es el factor en el que se debe poner énfasis, ya que es el afecto como dice Yi Fu Tuan, lo que nos permite comprender el carácter de un territorio; es la *topofilia* lo que le da sentido y valor a los paisajes patrimoniales. (Tuan, 2007; 15).

Nuestra apuesta en el estudio del paisaje es más que la observación superficial de un escenario, es una visión profunda de las capas que lo constituyen. Es ver el espacio no sólo como territorio,

sino como un hecho cultural que va más allá de una percepción meramente estética o vivencial, es un *palimpsesto* moderno, desde donde se pueden leer *estratigráficamente* el pasado social que lo configura (Martínez, 2009: 39). Por eso es necesario desentrañar las narrativas en las que se envuelven los lugares, sus actores y cómo ha sido imaginado.

Para comprender el concepto de *paisaje patrimonial*, es necesario tomar la idea que en 1925, el geógrafo norteamericano Carl Ortwin Sauer planteó, por primera vez, en la discusión sobre la gestión y la preservación de los territorios que él denominó como *paisajes culturales*. Sauer va a introducir este término en un trabajo denominado *La morfología del paisaje*, donde hablaba de los efectos psíquicos que provoca el paisaje ya que es un área o región hecha de la asociación de formas: psicológicas y culturales en torno a lo natural. En otro texto, denominado *La geografía y las ciencias de la observación* de 1956, nos invita a sentir la geografía, “a leer la cara de la tierra”; en la cual a partir de técnicas geomorfológicas y topográficas se pueden hacer diversas lecturas de los cambios en el territorio (Kniffen, 1936: 179-193).

Entonces los paisajes patrimoniales o paisajes culturales, son un producto de la fusión entre el ser humano y su entorno, son espacios que pueden estar habitados o no, pero siempre cargados de un pasado, una memoria, una historia y una serie de bienes materiales e inmateriales. Sus diferentes usos nos han permitido distintas versiones sobre ellos, que en un primer nivel, se articulan sobre dos dimensiones básicas: por una parte, el paisaje patrimonial como la superficie visible, susceptible de contemplación estética y por otra parte, como una realidad compleja en la que se manifiestan interrelaciones de muy alto impacto sobre el territorio (Bolí, 1992: 5).

Para tener una concepción, aún más amplia, sobre este tipo de paisajes es necesario tener claro el entendimiento sobre el carácter y la función de esas relaciones con el entorno y las ideas que se asientan a través de estas relaciones, las cuales se pueden identificar y diferenciar también en dos maneras: relaciones de espacio y relaciones de lugar. Son dos modos experienciales que permiten a los humanos satisfacer distintas necesidades, por un lado, de conservación de la especie y por el otro de significación, que tienen que ver directamente con necesidades identitarias. Es decir, las relaciones funcionales del *espacio* entrelazadas con las funciones de *lugar* crean un entramado que responde a las necesidades antes mencionadas (Aguiló, 1999: 17).

El paisaje es un hecho cultural más allá de su percepción meramente estética o vivencial. Sin duda, esta manera de ver al paisaje reside en una configuración objetiva y su morfología se completa en el uso integrador del término con la mirada que lo encuadra, otorgándole una dimensión, una perspectiva y unos valores. Por tanto, si sumamos el pasado, con la memoria y la identidad con la imagen, nos da como resultado un paisaje patrimonial, una fórmula que de alguna manera es como un *palimpsesto* cuyas capas históricas y culturales, se superponen unas sobre otras y son transformadas en metáforas visuales, como dice Martínez de Pisón, pero también en metáforas vivenciales (Martínez de Pisón, 2009).

Por ello, es necesario dirigir la mirada hacia la lectura y la interpretación del paisaje desde un discurso formativo. Óptica en la que debemos considerar que el paisaje es el objeto discursivo

que se centra en las actitudes principalmente hacia la historia representada en el presente, articulando el pasado proyectado hacia el futuro. Pero para lograrlo se requiere que la sociedad sienta como parte de su entorno, ya que así se establecen múltiples y profundas complicidades de carácter individual y colectivo.

La justificación de todo esto es que el paisaje tiene, por el hecho de serlo, independientemente de su consagración como un territorio, un valor patrimonial. Desde este punto de vista, es el valor todo aquello que los humanos consideren de interés positivo para la construcción de nuestro proyecto ciudadano (Del Pozo, 2011: 21). Considerar este valor como el eje que nos permita ejercer otros sistemas de valores cívicos los que sustentarán la idea central la ciudadanía.

Cabe decir que los valores no son entidades abstractas o separadas, ni con vida independiente de las cosas y mucho menos de las personas. El valor existe siempre porque alguien lo hace valer. Hasta aquí, quiero defender la idea de ciudadanía como la disposición de la responsabilidad sobre el paisaje que tiene un doble sentido, por un lado, que no puede aceptar de ninguna manera que se altere o degrade aquello que se sabe es suyo, y, por otro lado, responsable con una obligación, la de hacerse cargo y asumir el cuidado, y tener una relación constructiva. Para esto, el ciudadano en comunidad debe conocer sus derechos al paisaje y después su derecho a un entorno saludable y sostenible.

Es desde este enfoque que la formación en valores ciudadanos desde la lectura y la interpretación del paisaje patrimonio nos da como resultado la patrimonialización de la sociedad. Es un factor determinante en los procesos de desarrollo cultural del territorio, donde el paisaje desempaña el papel protagónico. Asimismo, partimos del concepto de lectura e interpretación como el servicio que se proporciona a las comunidades, es una especie de educación optativa que pueden realizarse en cualquier sitio; es decir, con experiencias en el territorio que ningún libro puede suplir (Tilden, 1977: 28).

Como ya se ha dicho, se trata de una nueva forma de educación, que definimos como una forma de alfabetización, pero una 'alfabetización' hacia el paisaje para aprender a valorar, proteger, leer y de interpretar sus valores patrimoniales que nos llevarán hacia la construcción de una ciudadanía corresponsable. Entonces, es a partir de esta misma idea y desde cualquier perspectiva, que se puede proporcionar diferentes interpretaciones y transmitir las a residentes y visitantes, formados y en formación (Colom, 1998: 139). En este sentido parece importante decir que es sobre todo a las futuras generaciones a quienes a través de una educación no formal se debe concientizar de la importancia del paisaje patrimonial en nuestras vidas.

Ahora bien, desde la perspectiva de la educación es que el proceso formativo debe ser la *patrimonialización social (no formal)*, que es entendida a partir de cuatro dimensiones: *cognitiva*, que involucra el conocimiento o reconocimiento del entorno, sus aspectos más fundamentales y sus características; la dimensión *cultural*, donde se pretende hacer comprender el rol y las funciones del paisaje en el sentido amplio del contexto histórico y ambiental; la dimensión *ética*, que implica una percepción, una emoción y una postura hacia su realidad intrínseca y su valor

patrimonial como un bien común y la dimensión *estética*, que promueve la identidad del paisaje por su imagen, por sus volúmenes, colores, texturas que nos pueden hacer sentir la “topofilia” (Castellanos, 2014: 231).

Entonces, para entender la *patrimonialización social (no formal)* es necesaria la formación del individuo para actuar consistentemente frente a nuevas situaciones de la vida, aprovechando las experiencias anteriores y teniendo en cuenta la construcción de una ética ciudadana con valores cívicos, como el eje fundamental para el desarrollo de una sociedad. Consideramos que el paisaje y su *patrimonialización* es el instrumento al servicio de la sociedad que permitirá generar un debate crítico dentro de posibles discusiones legislativas sobre paisaje.



Imagen 1. Vista de la fábrica de hilados La Carolina (Atlixco, Puebla) 1887. Oleo sobre tela 76 x 106 cm. Narodni Galerie v Praze, Praga, Republica Checa (RAMÍREZ; 2017: 57).

El discurso territorial del paisaje patrimonial.

El Convenio Europeo de Paisaje, firmado en Florencia el 20 de octubre 2000, documento denominado Carta de Florencia, es un instrumento que pone énfasis, entre otras cosas, en *la sensibilización de la sociedad civil, las organizaciones privadas y las autoridades públicas*

respecto del valor de los paisajes, su papel y su transformación (Carta de Florencia, 2000: www.eapaisajistas.org). Aunque esta carta es sólo de índole europeo, es importante como referencia, ya que se pone atención en la educación y promoción para la formación de especialistas en la gestión de paisajes, en la creación de programas pluridisciplinarios de formación en las políticas para protección y ordenación territorial. Asimismo, el documento propone diseñar cursos escolares y universitarios que aborden temáticas relacionadas con el paisaje.

En esta convención se dice también que el paisaje *"contribuye a la formación de las culturas locales y que es un componente fundamental del patrimonio natural y cultural [...]; que contribuye al bienestar de los seres humanos y a la consolidación de la identidad"*. Aquí se reconoció que el paisaje es un elemento importante de la calidad de vida de las poblaciones, en todos lados: en los medios urbanos y rurales, en las zonas degradadas o de gran calidad, en los espacios de reconocida belleza excepcional y en los más cotidianos (Carta de Florencia, 2000: www.eapaisajistas.org).

La Carta de Florencia puede ser un buen ejemplo, ya que en América Latina y especialmente en México no se ha avanzado mucho en cuanto a la legislación sobre el paisaje se refiere. Aún no se han propuesto iniciativas para legislar sobre el territorio y el paisaje, sobre todo cuando resulta más que evidente la sobreexplotación de los recursos culturales y naturales, el crecimiento desproporcionado de las ciudades y la contaminación por el desarrollo industrial, que nos está arrastrado a una preocupante crisis ambiental en todo el planeta. Este acelerado deterioro de nuestros paisajes, está provocando la desarticulación de las formas de vida tradicionales, la desintegración de identidades y la pérdida del arraigo en muchos lugares. Como consecuencia de esto, es la generación de una profunda sensación social de pérdida del patrimonio heredado.

En este sentido es necesario aclarar que en algunos lugares del planeta ya se están transformando, muy lentamente, las políticas de conservación hacia el paisaje patrimonial. También, al mismo tiempo, cada vez más se fomenta, en algunas comunidades, nuevos hábitos de consumo en las sociedades urbanas, rurales, así como en el sector turístico y se han ido transformando, sobre todo en lo relacionado al consumo de los bienes del patrimonio cultural y natural. Esta situación está creando, poco a poco, toda una cultura de respeto y valoración del paisaje, ya que se comienza a considerar como una herramienta para cambiar la mentalidad de la población hacia la protección de su entorno.

De la misma manera crece la tendencia en la conservación de los paisajes patrimoniales, pero en mucho de los casos no corresponde con su contexto histórico, social y cultural ni con los usos tradicionales del territorio. La tendencia es hacia la *hibridación* o la aparición de nuevos paisajes, pero con referencias, signos y significados de otros paisajes originales; o también, hacia la *banalización*, como la producción de paisajes nuevos sin ningún significado ni

identidad, como espacios anónimos o no lugares¹ (Auge, 2008: 32); otros hacia la *tematización* o “*disneylandización*”. Lugares *mercantilizados* con circuitos comerciales regidos por las reglas del mercado o hacia la *musealización*, donde se fosiliza un determinado lugar para conservar sus características *monumentales*. Lugares convertidos en paisajes fusionados con arquitectura de autor o edificios singulares (Fontal, 2006: 363).²

Este tipo de paisajes, con nuevas formas de significación del territorio, no se dan de ninguna manera aisladamente o fuera de un hábitat. Son nuevos paradigmas sobre el paisaje que deben ser tomados muy en cuenta, para poder aprehender la importancia que tiene la *patrimonialización*, como una respuesta a tendencias con baja significación. Con una re significación del espacio *prpatrimonializado* se pueden crear discursos coherentes, legibles e imágenes representativas de lugares que, a su vez, son hábitats que bien pueden ser considerados bienes culturales y recurso cultural, que pueden ser reserva para el desarrollo social, cultural y medioambiental, en cualquier región.

Es en esta línea que propongo reflexionar sobre el paisaje como generador de discursos (históricos, antropológicos, geográficos, estéticos, patrimoniológico), los cuales contienen infinidad de significados, que puede conllevar a un “comportamiento” particular de la sociedad. Todos los paisajes, están interrelacionados con signos contenidos en el espacio y el tiempo, lo cual puede contribuir a la construcción de nuevos sistemas de significados en un territorio (Busquets y Cortina, 2009: 153).³ Ahora, si miramos al paisaje como un libro repleto de información, de discursos, como una enciclopedia territorial, la lectura e interpretación de sus textos nos permitiría formular hipótesis razonadas, sobre el pasado y el presente de un lugar. Esto es, que la consideración del paisaje como un texto discursivo nos ayuda a comprender la multiplicidad de interrelaciones que se producen entre sus componentes y la que habrá de ayudarnos en la construcción de discursos hacia la *patrimonialización social*.

Ahora, es importante decir que no es natural la presencia de signos culturales en el paisaje, sino que se debe a la voluntad deliberada e intencional de una persona o un grupo de personas, así como a la presencia de elementos que sólo adquieren el valor de signos a la luz de un proceso social perceptivo, como si sucede en el caso de los elementos naturales. Entonces, si nos atenemos a que la cultura y sus productos son claros sistemas de significación, entonces confirmaremos que un paisaje y sus componentes son *textos* sobre una cultura (Foucault, 2006: 10). Ahora bien, cualquier colectividad está simbólicamente representada en sus bienes

1 Los no lugares son tanto las instalaciones necesarias para la circulación acelerada de personas y bienes (vías rápidas, empalmes de rutas, aeropuertos) como los medios de transporte mismos o los campos de tránsito prolongado donde se estacionan los refugiados del planeta. Pero vivimos en una época, bajo este aspecto también paradójica: en el momento mismo en que la unidad del espacio terrestre se vuelve pensable y en que se refuerzan las grandes redes multinacionales, se amplifican el clamor de los particularismos. Marc Augé, *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Madrid: Gedisa, 2008, p. 32.

2 La *in-formación* de los paisajes se ejemplifican en los diferentes tipos de paisajes, como los paisajes híbridos, banales, temáticos, musealizados o monumentalizados. Jaume Busquets, “Museu, territorio i paisatge a l’era global”. En Calaf, Rosa; Olaia Fontal (Coords) *Miradas al Patrimonio*, España, 2006, p. 363.

3 El paisaje está formado por una yuxtaposición de sistemas semánticos que dan pie a muchas lecturas. Sólo en los jardines y en los parques temáticos podemos encontrar un paisaje que responda a una narración unívoca creada intencionalmente por un emisor y virtualmente sin ruido o información sobrante. Jaume Busquets Fàbregas, “Un análisis semiótico del paisaje”. En Jaume Busquets; Albert Cortina, *Gestió del Paisaje. Manual de protecció, gestió y ordenació del paisaje*. Ariel, 2009, p.152-153.

culturales y naturales y es ahí donde se construye la identidad. Por ello, si el paisaje es creación cultural, entonces es un elemento que puede ser leído e interpretado, ya que todos sus signos son significantes emisores de significados descifrables. Así pues, todos los signos constituyen cultura y como señala Umberto Eco: *toda cultura debe ser estudiada como un fenómeno de comunicación* (Eco, 1972: 192).⁴

La codificación y posterior decodificación de los signos en un paisaje, más su capacidad evocadora, nos dan como resultado un hecho comunicativo (una imagen, un símbolo, una proyección cultural) con significados propios. De acuerdo con Julien Greimas y Roland Barthes, un sistema de significación, es como una variante no verbal de comunicación, capaz de evocar significados en cada una de nuestras mentes. Así mismo, podemos considerar que el paisaje se construye como un elemento catalizador de comunicación con significado y autonomía propia (Greimas, 1982; Barthes, 1971).

En este sentido, la atribución de significados a los signos de un paisaje, por parte de un lector, no se puede desligar de la existencia de valores y actitudes personales que suponen una fuerte carga ideológica y emocional en tanto que los individuos siempre actúan dentro de un cierto contexto social y de una determinada cultura. Así pues, para que un componente del paisaje tenga significados y éstos puedan ser objeto de interpretación, debe haber al menos una persona capaz de percibirlo, estructurarlo y asignarle dicho significado, lo cual se vincula con su contexto social y territorial (Busquets, 2009: 155).

Realizar lecturas en un paisaje no sólo implicará la interpretación de los signos que contiene, sino también la consideración de *los otros textos* que lo constituyen, esto es, hemos de mirar al paisaje como una compleja red de significaciones, un juego intertextual en el que se cruzan distintos discursos, y es precisamente en estos cruces donde el *paisaje* adquiere su significación. La intertextualidad no sólo significa la interacción entre varios textos o discursos, sino que también considera la relación entre éstos y las prácticas sociales que han sido *textualizadas*; es decir, narradas (López, 1999: 154-157).

Así pues, un paisaje como texto puede ser verosímil y lograr involucrarse con el lector en el mundo real si éste hace referencia a una realidad con la que este lector se siente identificado o reconozca como existente. Hay una realidad espacial que es percibida como una fuente de información directa más o menos asimilable. Pero es la transposición hacia el territorio de nuestra realidad social y cultural (tradiciones, creencias, miedos, ilusiones) que se vincula, en buena medida, con la imagen de un paisaje que identifica a la sociedad que lo rodea. Estamos

⁴ La idea de tomar al paisaje como texto tiene como antecedentes los trabajos de Saussure, Eco, Baudrillard, Barthes, quienes junto con otros críticos literarios y antropólogos culturales han utilizado conceptos y metodologías vinculados a la lingüística con el fin de analizar a la sociedad. No sólo como un sistema signifiante, sino también como textos que llevan a múltiples lecturas. En geografía los autores que han aportado al análisis del paisaje cultural como texto y a los estudios de semiótica han sido principalmente aquellos vinculados con el posmodernismo de fines de los ochenta y principios de los noventa. El texto incluye, además de la narración escrita, producciones culturales como la pintura, los mapas, el paisaje, las instituciones sociales, económicas y políticas. La interpretación del paisaje como práctica cultural de significación contiene otros textos culturales, y como consecuencia tiene una fusión comunicativa y su significado, que no es estático, sino que varía en función del momento histórico, el contexto social y el individuo. Liliana López Levi, *Centro Comerciales. Espacios que navegan entre la realidad y la ficción*. Editorial Nuestro Tiempo, México, 1999, pp. 161-163.

hablando, pues, del paisaje con valor patrimonial como constatación simbólica y espacial de la realidad de las sociedades y debemos entenderla como una representación semiótica de sus habitantes.

Entonces, desde una perspectiva semiótica, el paisaje es espacio visual y espacio total, y al mismo tiempo estas dos formas son las claves con las cuales podemos hacer nuestras lecturas del paisaje. La primera corresponde a un enfoque próximo a lo estético y la segunda se refiere a la identificación del paisaje con el medio (Greimas, 1982) (Barthes, 1971). Sin embargo, a estas dos formas espaciales, como las configuradoras del paisaje, habría que añadir una tercera, el ángulo, que ha quedado implícito y se refiere al sujeto que lo percibe. Este es un punto medular de nuestra reflexión, desde donde debemos formularnos preguntas como ¿existe una realidad objetiva del paisaje unida a la realidad física del territorio? o ¿hay tantos paisajes como percepciones o aún receptores?

La respuesta tiene que ver con que las miradas como los ángulos de percepción, son las que conciben los paisajes, de tal forma que podemos afirmar que cada paisaje es recreado, es decir, vuelve a nacer en el momento en que lo observan diferentes espectadores. Su apariencia existe sólo en la *psiqué* del observador, de manera que el análisis que se haga del paisaje se dirigirá más a las personas que lo perciben, que al territorio. El paisaje percibido es el resultado de la interacción existente entre el observador y el entorno; el entorno sugiere distinciones y relaciones y el observador organiza y cambia de sentido lo que ve. Cada individuo lee, crea, interpreta y lleva dentro de sí una imagen propia de los paisajes. Cabe aclarar, que existen imágenes colectivas, propias de grupos culturales, que funcionan como comunidades textuales (Sotelo, 1992: 14).⁵

Finalmente, el paisaje percibido siempre comprometerá a todos los posibles perceptores o “lectores”, porque estos siempre crearán imágenes, descripciones e interpretaciones, que variarán de acuerdo con su bagaje cultural y formación o la propia naturaleza de los sistemas en los que éstos se muevan. Las percepciones del paisaje, según cómo la sociedad tiende a “conservar”, “preservar” o “modificar” al paisaje, los llevan hacia unos comportamientos y decisiones diferentes; es decir, a una forma de *retroacción* (Sotelo, 1992: 20). Los actos resultantes de estas decisiones pueden afectar de una forma tajante y directa a los propios paisajes y puede suponer repercusiones importantes sobre el propio sistema y es justo aquí donde debemos plantear la *patrimonialización social* para alcanzar una cultura cívica y participar en la política hacia la preservación del paisaje patrimonial.

La lectura del paisaje patrimonial.

La lectura del paisaje patrimonial es la actividad encargada de descifrar los signos (materiales e inmateriales) que configuran el territorio. Para esto se deben tomar en cuenta todos los elementos culturales porque, de acuerdo con Maurizio Carta, *como hechos de comunicación*, se

5 Por esta razón para percibir más ampliamente al paisaje es necesario usar herramientas prestadas de la lingüística y más concretamente de la semiótica. Porque los elementos propios del medio geográfico conforman imágenes y éstas contienen un conjunto de signos que pueden darnos una información pormenorizada de la relación humano/territorio. José Antonio Sotelo Navalporto, *Paisaje, semiología y análisis geográfico*, Anales de Geografía de la Universidad Complutense, no.11, pp.11-23, 1992, p. 14.

organizan y se hacen comprensibles para recrear códigos. Como una analogía para este proceso semiótico, tenemos que la comprensión de un texto territorial, se puede sintetizar como la relación entre el autor, el lector y el texto. El autor es la comunidad y su relación con su ambiente, los lectores son los gestores, los funcionarios públicos, los estudiosos o investigadores y el texto es el territorio. Entonces, para que se pueda realizar una interpretación del paisaje el lector debe utilizar códigos que provienen de aquellos elementos culturales materiales y simbólicos, lo que el autor llama *enciclopedia territorial* (Carta, 2006: 37).

El geógrafo estadounidense James Duncan, dice que el paisaje se construye dentro de los límites del lenguaje y de los marcos intelectuales de aquellos que lo leen e interpretan y que la lectura del paisaje como una mera interpretación descriptiva nunca será reflejo fiel de la realidad. El lenguaje, para él, no es una serie de palabras que tengan una correspondencia una a una con la “realidad de afuera”, está basado en discursos, los cuales son significados compartidos que están ideológica y socialmente contruidos como series de supuestos del sentido común. Toda interpretación sea explícitamente teórica o no, se sustenta en alguna forma de categorización que es inherente al mero acto de nombrar y la categorización es necesariamente teórica. Por lo tanto, no importa si los supuestos teóricos son planteados de manera explícita o no, de cualquier forma, son inseparables (Duncan, 1990: 12).

Para entender la naturaleza relacional del mundo necesitamos “rellenar” con mucho lo que es invisible de los textos y subtextos de un territorio que cambian, tanto a lo largo del tiempo como con el cambio de perspectiva del intérprete. No es necesario lamentarnos por tener un acceso no mediado con la realidad o que no podamos observar inocentemente. En este sentido, para saber el significado de un texto debemos preconcebir el todo del cual el texto es parte. Es decir, el ojo inocente no existe, ya que el mundo está vestido con nuestros propios sistemas de representación (Duncan, 1990: 13).

Es importante aclarar que los humanos discriminamos y atribuimos significados a los elementos presentes en el territorio (que se convierte entonces en paisaje) y en función de éstos se establecen sus propias estrategias de actuación. Aun cuando la atribución de significados a los elementos del paisaje no puede basarse en la existencia de un código convencional (compartido y aceptado por todos), tampoco podemos decir que cada perceptor tiene su propio código, no hay interpretaciones arbitrarias, por lo que debe haber elementos culturalmente compartidos.

Para esto existen cuatro condiciones básicas para hacer lecturas del paisaje:

1. La lectura del paisaje no puede separarse del proceso de percepción del mismo, pero, como ya se mencionó, existe una gran cantidad de factores, personales, sociales y culturales que condicionan el proceso de percepción, por lo que los códigos son sólo parcialmente compatibles.
2. La atribución de significados a los elementos del paisaje siempre tiene lugar en esos contextos: un mismo elemento puede tener significados diversos

y hasta contradictorios en el seno de las sociedades o en momentos históricos distintos, asimismo, a veces signos diferentes pueden tener el mismo significado.

3. No es posible desligar el valor de los signos del paisaje de su contexto territorial: un mismo elemento puede tener un valor icónico diferente según se encuentre localizado en uno u otro contexto territorial o variar de significado si su contexto es mutable.
4. El número de lecturas y textos de un paisaje es prácticamente infinito, ya que corresponde al número de distintas lecturas que de él se pueden hacerse (Busquets, 2009: 158).

Ahora bien, el paisaje no sólo se encuentra en el corazón de una red semiótica muy sofisticada, sino que también en él existe un valor semiótico al considerarlo bien de la cultura y un constructor de identidades. El paisaje es esencialmente un símbolo de la herencia cultural de los acontecimientos que han marcado la evolución histórica de la sociedad, no sin sobresaltos, catástrofes y cambios de dirección, e instrumento de formación de ciudadanos (Carta, 2006: 34). Así pues, el paisaje puede ser leído como un patrimonio, como el bien que debe ser riqueza y desarrollo, como el soporte físico de la memoria colectiva y la pertenencia de un lugar.

En definitiva, las lecturas de un paisaje han de ser a profundidad y conducidas en una estrategia además de conservación, partiendo de la idea de que la “musealización” no puede, ni debe, ser la única finalidad de la conservación del paisaje y sus elementos culturales, sino que es necesario incluir la protección de las especies biológicas y la salvaguarda de las formas de identidad cultural y territorial. El paisaje patrimonial como portador del valor colectivo no puede ser manejado sólo de manera expositiva, únicamente atravesada por una débil valoración de exhibición, sino que ha de entrar con una mayor eficacia en el campo de las políticas públicas de protección legal.

Hay que mencionar que existen paisajes semióticamente muy ricos con un alto valor como conjunto, por otro lado, también existen paisajes en los que la destrucción de sus elementos significativos ha comportado un empobrecimiento y degradación que ha acabado por restar el conjunto parte de su valor, no sólo en términos materiales, sino también de significación para la comunidad y de deterioro identitario. Además de los valores de los signos que componen un paisaje, es posible definir una serie de funciones que pueden desempeñar dichos signos dentro de los distintos códigos semióticos a los que pueden pertenecer: relaciona a las personas con su entorno, comunica la información, transmiten valores cívicos. Conjuntamente, refuerza la cohesión social mediante el poder de atracción que indica la pertenencia del espacio y transmite mensajes específicos. Ahora bien, la tarea del lector de los paisajes es saber que valores pueden contribuir al desarrollo de la comunidad (Castellanos, 2014: 191-208).

El lector del paisaje, es el formador e interprete, el autor del texto, es la comunidad y también el educando y el texto que es territorio, se encuentran relacionados en ese circuito semiótico en donde las estrategias de uso del paisaje son como una biblioteca, con enciclopedias llenas de

códigos que pueden articular la redacción de un plan *patrimonializador*. Estos son elementos que forman parte de lo que Maurizio Carta denomina como *armadura cultural del territorio*, estructura donde el lector, puede trazar una forma de interpretación, que será compartida al utilizar los códigos, formados por esta armadura cultural (Carta, 2006: 36).

El paisaje como texto actúa como una obra abierta infinitamente interpretable, que debe ser leída de acuerdo la coherencia semántica del territorio, desde lo denotado y lo connotado de la estructura del paisaje. Esta coherencia, debe residir en la noción misma de paisajes como bien cultural y en la extensión de aquella como una “enciclopedia territorial”, dentro de una operación permanente de análisis y reflexión del significado del patrimonio cultural.

La propuesta metodológica para realizar una lectura del territorio, está organizada en tres fases de lectura, desde lo más básico: su estructura y sus formas, es decir su figuración y configuración, los diferentes niveles de valores culturales, hasta la manera de ser percibido por la sociedad. Es importante aclarar que esta forma de lectura del paisaje cultural es sin duda mutable, ya que cada unidad de paisaje patrimonial cuenta con elementos y valores singulares, los cuales pueden que sean necesarias otras técnicas para su estudio (Pintó, 2009: 85).⁶

Primera fase: lectura externa del paisaje

A través de un esquema por etapas, la lectura se realiza capturando los datos básicos del territorio como son la localización de la unidad en el tiempo y el espacio, la morfología del lugar vista tanto *in situ*, la ubicación cartográfica, así como en planos y la captura de la imagen. Simultáneamente, se identifica el uso del suelo y al final se realiza un registro fotográfico completo, más su georreferenciación.

Segunda Fase: lectura interna del paisaje

Se hace el alzado de los edificios más emblemáticos de la unidad, identificando, colores, texturas, características singulares; posteriormente, se deben tomar en cuenta los espacios públicos, su mobiliario, infraestructura y las áreas verdes; luego se observan los valores culturales en sus diferentes dimensiones.

Tercera Fase: lectura perceptiva del paisaje

En esta última fase, la lectura va encaminada hacia la percepción que la sociedad tiene de su paisaje patrimonial, el objetivo es obtener información sobre los sentimientos y las emociones hacia su territorio, su interacción con los otros y la naturaleza, sus sensaciones y su experiencia estética. Lo que nos permitirá realizar un diagnóstico que nos permitirá comenzar un trabajo de interpretación.

⁶ La Unidad de Paisaje designa un ámbito territorial concreto que reúne unas condiciones preestablecidas para poder ser identificado y delimitado. Las unidades del paisaje se articulan en un sistema jerárquico formado por diversos niveles, en que cada unidad forma parte de una unidad más grande situada en un nivel superior y su entorno también puede descomponerse en diversas unidades más pequeñas y de nivel jerárquico inferior. Josep Pintó, “Les unitats del paisatge”, en *Eines i instruments per a les polítiques de paisatge*, Universitat de Girona, Catalunya, España, 2009, pp 84-85.

La interpretación del paisaje patrimonial.

El paisaje es un ente semiótico que al interpretarlo se logra aprehender. La interpretación del paisaje para su valoración como patrimonio común, es el vehículo portador de los signos susceptibles de recibir un significado. Sin embargo, para realizar una interpretación es necesario tomar en cuenta tres factores esenciales:

1. No existen paisajes *ahistóricos*.
2. El paisaje es un *palimpsesto* que conserva los rastros de otros textos anteriores, ya que todos los bienes que lo constituyen (culturales y naturales, materiales e inmateriales) representan todas las épocas vividas en él. Todos los elementos dispuestos a veces se superponen o se entrelazan con los elementos anteriores. En cualquier paisaje todos sus componentes son unidades que están fuertemente interrelacionadas, física, económica, social, cultural, emotiva y sobre todo históricamente, de manera que los cambios que se presentan en un solo elemento pueden provocar alteraciones en la configuración del paisaje.
3. Hay que tomar en cuenta que el paisaje con bienes culturales materiales y bienes culturales inmateriales: los primeros evocan un patrimonio físico identificable, los segundos son bienes donde la memoria colectiva pone los hechos históricos y las prácticas significativas con relevancia para la comunidad, aun cuando las huellas de aquel hecho no hayan dejado cicatrices visibles o fácilmente identificables (Santacana y Serrat, 2009: 202).

Es necesario reservar lugares de la memoria, áreas históricas protegidas con un pasado que trascienda lo cotidiano y que forme parte de una comunidad. Es decir, hay que tomar en cuenta que cuando nos referimos al paisaje como un patrimonio cultural, estamos hablando de los lugares donde se perciben las huellas de la historia, que muestran en uno o más de sus elementos culturales o naturales sean diacrónicos o sincrónicos, evoluciones o informaciones explícitas del pasado humano que se pueden convertir en un recurso fundamental para la conservación de la memoria y la identidad colectiva de un lugar concreto, con un alto valor cultural de debe ser protegido por las leyes (Santacana y Serrat, 2009: 211).

W. J. Mitchel, dice que el paisaje no sólo es lo que se ve y lo que se *siente*, es también lo que *hace* (Mitchel, 2002: 11). El paisaje puede hacer o crear identidades ciudadanas, cosa que también tiene que ver con los sentimientos que a veces se materializan a través de complejos mecanismos, lo que Yi Fu Tuan concibe como *topofilia* (Tuan, 2007: 13). Asumirse como parte de un paisaje, implica pues la puesta en marcha de múltiples deseos, ya sean de carácter emotivo, económico, histórico, social o cultural. Aprehenderlo, es enfrentarnos con un discurso con intereses diversos, pero al gestionar el paisaje como un patrimonio siempre se debe proteger la identidad paisajística ante las agresiones que lo pudieran amenazar.

En términos teóricos, la interpretación está basada en el o los textos contenidos en el paisaje, son cada uno de los bienes presentes en el paisaje, donde el intérprete, a través de la narración de estos textos evoca discursos de su historia y su devenir. Es decir, el paisaje está constituido por una serie de elementos culturales (edificios, objetos, documentos, imágenes, narraciones, rituales), y naturales (ríos, montes, florestas, clima), que podemos definir como dispositivos que nos proporcionan textos con información que, a su vez le sirven al intérprete para provocar que los otros interpreten de acuerdo con nuestra cosmovisión. Sam Ham dice que la interpretación se vuelve temática en el sentido de que está organizada a partir de mensajes principales, o tesis, que se intenta comunicar al público (Ham, 1992).

Por otro lado, Norman Fairclough sostiene que los textos construyen posiciones interpretativas y que van dirigidos a un intérprete o lector ideal que es capaz de usar su experiencia previa para relacionar los diferentes elementos intertextuales de un texto y generar interpretaciones coherentes (Fairclough, 1992; 135). Entonces la interpretación no está solamente determinada por un texto, ni siquiera por los pre-textos que lo constituyen, sino por todos los textos a los que un emisor o receptor recurre en el proceso de la interpretación.

Ahora, para interpretar un texto el lector necesita un conocimiento previo que se refiere a diversos aspectos: los códigos lingüísticos, el uso del lenguaje en relación con distintas prácticas sociales, la situación social en la que el acto discursivo se produce y el mundo exterior. El intérprete pues, debe descubrir a qué tipo de discurso pertenece un texto específico, qué otros textos lo constituyen y cuál es el significado y función que estos constituyentes tienen en un actual. Es decir, la interpretación de la intertextualidad tiene dos fases: la percepción del pre-texto y la integración del pre-texto en un significado global del texto (Luzón, 1997: 141).

De este modo, la interpretación será una herramienta para la *patrimonialización social*. El objetivo central, cabe aclarar, no es la instrucción o formación, sino en este caso la provocación, para que la comunidad descubra los significados por sí misma en el entorno y en términos individuales, realice una interpretación personal que debe ser alimentada por la curiosidad, que es a la vez alimento para la mente humana (Risk, 1982: 76). En otras palabras, la interpretación es como una traducción; por ejemplo, del lenguaje técnico y a menudo complejo de un paisaje a una forma no técnica, sin que por ello pierda su significado y precisión, con el fin de crear un compromiso hacia el recurso que es interpretado.

El alcance de la interpretación posee características que hacen de ésta toda una disciplina, no sólo es una herramienta especial, es la comunicación atractiva, que ofrece una información concisa y es entregada a través de un dispositivo (imágenes, carteles, chalas, conferencias, conversatorios, talleres, webs), cuya finalidad es establecer la relación del significado entre el paisaje y el receptor (Guía práctica para la interpretación del patrimonio, 2001: 31).⁷ Todos los elementos que caracterizan al paisaje forman una unidad conceptual resultado de la relación de significados en un sistema complejo. Sin embargo, esta complejidad lo convierte en un

⁷ Citado por Jorge Morales, *Guía práctica para la interpretación el patrimonio. El arte de acercar el legado natural y cultural al público visitante*, Sevilla, Tragsa, Junta de Andalucía. 2001, p. 33.

lugar único, en un lugar considerado bien cultural, digno de ser preservado para las futuras generaciones *patrimonializadas* que, interpretado desde los valores cívicos, nos permitirá su protección legal y por tanto su preservación.

Hay que aclarar que no es de nuestro interés que la interpretación del paisaje sea usada desde el concepto mercantil del territorio como recurso. Sino que la idea es que la interpretación debe ser resultado de la “*subjetividad científica*”; es decir, el instrumento fundamental para la definición de las acciones y las políticas de intervención, de transmisión del conocimiento, de uso y de organización y apropiación de los espacios identitarios de la comunidad (Hernández, 2004: 35).

Finalmente, la interpretación es también una técnica de comunicación, que para el paisaje patrimonial debe cumplir con características específicas, como el propósito de generar una cultura ciudadana tanto en los visitantes como en la comunidad. A su vez, este proceso debe ser atractivo, ya que el objetivo es mantener la atención por lo que los discursos interpretativos deben ser concretos y breves. Se busca explicar aquello que se ve pero que no se entiende directamente, así como promover la apropiación y el uso social del paisaje cultural. Es tan importante el *qué* se va a contar y el *cómo* se va a contar. Para ello, el foco está puesto en aspectos como el estilo de lenguaje, el diseño de los dispositivos y las infraestructuras usadas para la interpretación, para que la experiencia del emisor en su relación con distintos tipos de receptor sea exitosa.

Los principios básicos utilizados para la interpretación de los paisajes culturales son:

1. Provocar la atención, curiosidad e interés en la audiencia.
2. Relacionar la vida cotidiana de la audiencia.
3. Revelar la esencia del significado del paisaje, sus bienes y sus valores.

Unir las partes en un todo.

Para cumplir con estos principios es muy importante realizar la interpretación con base en un guion estructurado, a partir de la lectura, que tenga definidos los siguientes objetivos:

- a. Para la generación del conocimiento.
- b. Para cambiar las actitudes y comportamientos de la sociedad hacia el paisaje.
- c. Para general una cultura ciudadana con valores cívicos.
- d. Para la *patrimonialización social*.

Reflexión final.

A manera de conclusión podemos decir que el problema sobre la protección del paisaje cultural, si bien reside en el ámbito legal, su reconocimiento como bien común debe ser parte de la responsabilidad ciudadana. En este sentido, es muy importante tomar en cuenta que en los textos legales el paisaje sea considerado como parte del patrimonio cultural local, nacional común,

como son los bienes artísticos o arqueológicos. Una sola referencia en el texto legal, más una comunidad informada permitiría iniciar acciones más contundentes para su conservación. Por ello, hay que insistir en que si en las leyes sobre el paisaje no hay nada escrito y con una sociedad sin información su defensa será mucho más difícil.

Una ciudadanía *patrimonializada* y con una cultura en valores cívicos coadyuvará a la mejor toma de decisiones en los procesos de protección legal y conservación del paisaje. De esta manera, una normativa para la protección legal puede garantizar la adecuada salvaguarda de los paisajes culturales y permitirá la inclusión a generaciones futuras en la toma de decisiones. Así, los herederos del paisaje tendrán la oportunidad de hacer uso de su patrimonio mejor de cómo se ha hecho hasta ahora. Por ello, resulta fundamental la elaboración de leyes destinadas a regular el complejo universo del paisaje y sus valores como herramientas para generar una cultura ciudadana.

Todas las sociedades resguardan la memoria material e inmaterial a lo largo del tiempo. Esto ha sido así porque se ha hecho consciente como comunidad, que la preservación del pasado valida y perpetúa los rasgos de la identidad. Sabemos que para alcanzar semejante misión es necesario plantear procesos de formación y de negociación política. La forma y eficiencia con que se busque cumplir con ese deseo se traducirá en la solidez de las normas jurídicas, la fortaleza de organización social y de las instituciones que las aplicarán. Esta madurez no depende de la situación económica de cada pueblo, sino de la voluntad de las personas que integran, tanto las instituciones como la comunidad en general.

Es urgente hacer frente al problema más importante, que es el de la formación de cuadros y la falta de sentido de pertenencia hacia nuestro patrimonio común. Es necesario realizar acciones que estén destinadas hacia la gestión para la preservación de nuestros entornos, junto con actividades dirigidas a impulsar la participación hacia la creación de normativas de protección. Asimismo, es necesario tomar ejemplos de otras legislaciones y ser una referencia para otras y, simultáneamente, cumplir con acciones específicas de formación en el ámbito del paisaje, sin perjuicio de aquellos que desarrollan planes y programas de protección.

Finalmente, nuestra propuesta no sólo es la reflexión crítica sobre si el territorio es discurso, que se puede leer, interpretar con el objetivo de dirigir las miradas hacia afuera, sino también es la invitación a ver hacia adentro de nosotros como sociedad. Asimismo, considero que este trabajo nos puede ayudar a enfrentar los problemas en el ejercicio en la preservación de los bienes culturales y naturales, en general, y en la protección legal del paisaje en particular. Que se convierta en una guía para emprender planes para generar una nueva ética ciudadana, en un paradigma *participacionista*, cuyo horizonte sea la práctica de nuevos comportamientos hacia una nueva conciencia sobre el patrimonio cultural.

Bibliografía.

ACEVEDO RODRIGO, Ariadna; LÓPEZ CABALLERO, Paila (2014) *Ciudadanos inesperados*. Espacios de formación de la ciudadanía ayer y hoy, Colegio de México.

AGUILÓ, Miguel (1999) *El Paisaje Construido. Una aproximación a la idea de lugar*, Canales y puertos. Colección de Ciencias, Humanidades e ingeniería, núm. 56, Madrid: Colegio de Ingenieros de Caminos.

ALGUACIL GÓMEZ, Julio (2002) *La ciudadanía emergente y sus síntomas*. Madrid. *Boletín CF+S (Ciudades para un Futuro más Sostenible)*, núm. 24: Ecología y ciudad. Raíces de nuestros males y modos de tratarlo. Disponible en: <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n24/ajalg.html>.

AUGÉ, Marc (2008) *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona: Editorial Gedisa.

BARTHES, Roland (1971) *Elementos de Semiología*, Madrid: Alberto Corazón.

BOLÓS I CAPDEVILA María de (Dir.) (1992) *Manual de Ciencia del Paisaje. Teoría, métodos y aplicaciones*. Barcelona: Masson.

BUSQUETS FÀBREGAS, Jaume (2009) "Un análisis semiótico del paisaje". En Jaume BUSQUETS; Albert CORTINA, *Gestión del Paisaje. Manual de protección, gestión y ordenación del paisaje*. Madrid: Editorial Ariel.

BUSQUETS, Jaume (2006) "Museu, territori i paisatge a l'era global" en CALAF Rosa; Olaia FONTAL (Coords) *Miradas al Patrimoni*. Gijón: Editorial Trea.

BUSQUETS, Jaume; CORTINA, Albert (2009) *Gestión del Paisaje. Manual de protección, gestión y ordenación del paisaje*. Madrid: Editorial Ariel.

Carta de Florencia del Convenio Europeo de Paisaje, 2000, <http://www.aepaisajistas.org/paisajismo/c-e-paisaje/>

CARTA, Maurizio (2006) *L'armatura culturale del territorio. Il patrimonio culturale come matrice di identità e strumento di sviluppo*. Milano: Edizioni FrancoAngeli.

CASTELLANOS ARENAS, Mariano (2012) *El Patrimonio cultural territorial. Historia, paisaje y gestión en Metepec, Puebla.*, Tesis Doctoral, Girona: Universitat de Girona.

CASTELLANOS ARENAS, Mariano (2014) *El patrimonio cultural territorial. Paisaje, historia y gestión*. Puebla: EyC, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

COLOM, Antoni J. (1998) "Educación ambiental y la conservación del territorio" en Jaime SARRAMONA LÓPEZ; Gonzalo VÁZQUEZ; Antoni J. PALOM (eds.) *Educación no formal*. Madrid: Editorial Ariel Educación.

Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos. http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/1_150917.pdf

DUNCAN, James (1990) *The city as text: The politics of landscape. Interpretation in the Kandy Kingdom*. New York, Cambridge University Press.

ECO, Umberto (1972) *La estructura ausente: introducción a la semiótica*, España, Lumen.

FAIRCLOUGH, Norman (1992) *Discourse and Social Change*, Cambridge, Polity.

FOUCAULT, Michel (2006) *Arqueología del Saber*, Ciudad de México: Editorial Siglo XXI.

FROLOVA, Marina (2001) "Los orígenes de la ciencia del paisaje en la geografía rusa", en *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y Ciencias Sociales*, Barcelona Universidad de Barcelona, vol. V, núm. 102, 1 de diciembre. Disponible en: <http://www.ub.edu/geocrit/sn-102.htm>

GARCÍA JURADO, Roberto (2003) *La teoría democrática de Huntington, Política y Cultura*, México, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco. núm. 19, primavera,

GREIMAS, Julien (1982) *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*, Madrid, Gredos.

HAM, Sam (1992) *Environmental Interpretation*, Golden: North American Press.

HERNÁNDEZ CARMONA, Francesc Xavier (2004) "didáctica e interpretación del patrimonio" en Roser CALAF MASACHS; Olaia FONTAL MERILLAS (coors) *Comunicación educativa del patrimonio: referentes, modelos y ejemplos*. Gijón: Editorial Trea.

JANOSKI, Thomas (1998) *Citizenship and Civil Society: A framework of rights and obligation in liberal, tradition and social democratic regimes*. Londres: Cambridge University Press.

KNIFFEN, Fred B. (1936) "Louisiana House Types." *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 26, núm. 4, December, pp. 179-193.

LIPOVETSKY, Gilles (2005) *Le era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Madrid: Editorial Anagrama.

LÓPEZ LEVI, Liliana (1999) *Centro Comerciales. Espacios que navegan ente la realidad y la ficción*. Ciudad de México: Editorial Nuestro Tiempo.

LUZÓN MARCO, María José (1997) *Intertextualidad e interpretación del discurso*, Universidad Jaime I de Castellón , EPOS, XIII. Disponible en: <http://e-spacio.uned.es>

MANUEL DEL POZO, Joan (2011) "Introducción: paisatge, ciutadania i educació" en Joan NOGUÉ (Ed.) *Paisatge y educación*, Olot: Observatori del Paisatge.

MARSHALL, T. H.; BOTTOMORE, Tom (1992) *Citizen and social class*, London: Pluto Press.

MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo (2009) *Miradas sobre el paisaje*. Madrid: Biblioteca Nueva.

- MITCHELL W. J. T. (ed.) (2002) "Introduction" En *Landscape and power*. Chicago: The University of Chicago.
- MORALES, Jorge (2001) *Guía práctica para la interpretación el patrimonio. El arte de acercar el legado natural y cultural al público visitante*. Sevilla:Tragsa.
- MOUFFE, Chantal (ed.) (1992) *Dimensions of Radical Democracy: Pluralism, Citizenship, Community*. London: Verso.
- OLVERA, Alberto (2008) *Ciudadanía y democracia*, Ciudad de México: Instituto Federal Electoral.
- PÉREZ LEDESMA, Manuel (2000) "Ciudadanos y ciudadanía: un análisis inicial". En Manuel PÉREZ LEDESMA (ed.) *Ciudadanía y democracia*. Madrid: Editorial Pablo Iglesias.
- PINTÓ, Josep (2009) "Les unitats del paisatge", en *Eines i instruments per a les polítiques de paisatge*. Girona: Universitat de Girona.
- RAMÍREZ, Fausto (2017) *José María Velasco, pintor de paisajes*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica y Universidad Nacional Autónoma de México.
- REYGADAS, Luis (2007) "La desigualdad después del (multi)culturalismo". En Angela GIGLIA et al. (eds.), *¿A dónde va la antropología?* Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- RISK, P. (1982) "The interpretative Talk". En Grant W. SHARPE. *Interpreting the Environment*, Londres: Wiley & Sons.
- ROGERS, Alan (2004) *Non-Formal Education, Flexible Schooling or Participatory Education?* Hong Kong: The University of Hong Kong.
- SABORIDO YUDÍN, María Soledad (2014) *Patrimonio y ciudadanía movimientos ciudadanos en defensa del patrimonio en los barrios y territorios*, Tesis Doctoral, Universidad de Sevilla.
- SANTACANA MESTRE Joan; SERRAT ANTOLÍ Núria (2009) "La dimensión patrimonial del paisaje". En Jaume BUSQUESTS; Albert CORTINA (Coors) *Gestión del paisaje. Manual de protección, gestión y ordenación del paisaje*. Barcelona: Editorial Ariel.
- SOTELO NAVALPORTO, José Antonio (1992) *Paisaje, semiología y análisis geográfico*, *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, núm.11, pp.11-23.
- TILDEN, Freeman (1977) *La interpretación de nuestro patrimonio*, Sevilla: Junta de Andalucía.
- TUAN, Yi-Fu (2007) *Topofilia*, Madrid: Melusina.
- VICH, Víctor (2014) *Desculturizar la cultura. La gestión cultural como forma de acción política*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.
- YOUNG, Iris Marion (1989) "Polity and Group Difference: A Critique of the Ideal of Universal Citizen" *Ethics*, vol. 99, núm. 2.